

Bernardo había constatado: «Las basílicas están sin fieles, los sacerdotes sin honor... Los hombres bien en el pecado... Se priva a los niños de la vida en Cristo al negárseles el bautismo».

Cataros (Jean Blum)

Malos tiempos para los profetas

Dicen que ahora corren malos tiempos para aquellos que tienen el don de la profecía, para los que ven el futuro en estos momentos de crisis, cuando es falso que vayamos a mejor y es claramente evidente que vamos a ir a peor, nos llaman agoreros, cuervos, pesimistas y aun mentirosos.

Otros profetas tienen el don de la visión, ellos ven el futuro, lo que va a pasar, y advierten contra ello, aunque la voz de la mayoría, como ya en la Grecia clásica le pasó a Casandra, clama en el desierto de la indiferencia. Nadie les cree, nadie les hace caso, porque asumen que es imposible ver el futuro o piensan que incluso viéndolo, no es posible cambiarlo.

Aunque mi caso es distinto, mi maldición es mayor. Yo no veo el futuro, sino el presente y el pasado. Pero los veo con otros ojos.

Los veo con los ojos de la imparcialidad y el desencanto. Los veo desprovisto de pasión. Los veo siempre como un continuo proceso, como si de la demostración de un teorema matemático se tratase. Veo cuál es la acción más probable que va a acabar produciéndose con los actos, las decisiones actuales, las de nuestro inmediato pasado. Mi visión abarca lo que ven, sienten y piensan aquellos que están cerca de mí.

Por ello, me pregunto cómo es que hemos llegado a esta situación. ¿Acaso nadie más es capaz de ver que los hechos que vivimos, las decisiones que tomamos, nuestra comodidad de hoy, es un paso cada vez más grande hacia el desastre futuro?

Ésa es mi desdicha, que yo lo veo... lo veo demasiado claro. Tanto como veo que si me quedo aquí, en esta vía del TGVⁱ a la que he llegado saltando la valla, dentro de diez minutos todos mis problemas habrán terminado a velocidad de vértigo, ¿o quizás debería decir a gran velocidad? En todo caso, me quedan apenas cinco minutos. En ese tiempo debo decidir, luego será demasiado tarde, no solo para saltar el cercado, sino para llegar a un lugar al que no me arrastre la corriente. Pero es tan relajante estar aquí, sin percibir más proceso que el inmediato... Sabiendo que si no me muevo se acabarían todos los problemas.

Puedo irme, volver a la vorágine diaria, a la lucha, a las diatribas y las humillaciones... O quedarme aquí y disfrutar de paz. ¿Pero es eso realmente lo que quiero? ¿Quiero realmente la paz del cementerio? ¿Dejar de existir? ¿No ver más a mi hijo, por difícil que ello sea? ¿No conocer más el suave tacto de la piel de una mujer? ¿No volver a ver elevarse el sol en el cielo? ¿Es eso lo que quiero?

No lo sé, pero lo que está claro es que ésa debe ser mi decisión y cada vez me queda menos tiempo para tomarla.

¿A quién eres fiel? ¿A tu rebelde muchedumbre? ¿A ese tropel de réprobos, dignos de ser mandados por tan digno jefe? ¿Consistía vuestra disciplina, la fe que jurasteis y vuestra obediencia militar en alzaros desleales contra el Poder supremo? [...] Ahora te vendes por paladín de la libertad.

El Paraíso perdido (John Milton)

Confesiones

Tres meses y medio antes había recibido una llamada de mi tío José. Decidí que me interesaba ir, sobre todo porque yo también quería hablar con él, así que le indiqué a Vanesa, mi secretaria, que le solicitase una cita, la cual me dio a primera hora.

Y la primera hora de un cura, y más si ese cura es o ha sido misionero jesuita, es muy primera hora. Así que mi chófer me recogió en el *loft* de La Defense antes de las cinco de la mañana para permitirnos tener la seguridad de llegar a la nunciatura unos diez minutos antes de las seis, hora en la que nos había dado cita. En situación normal, bueno, normal no, ideal, ¿qué es normal sino aquello que más ocurre?... Eso es el atasco diario que puede hacer que el trayecto entre mi apartamento en *Passage Segoffin* y la avenida del presidente Wilson se alargue hasta una hora o más, ¡y eso que yo no tengo que aparcar ni buscar dónde hacerlo! Pero en situación ideal, no se tarda más de un cuarto de hora. Lástima que solo ocurra en París a las cinco de la madrugada.

Casi cincuenta minutos antes de la cita, había llegado a las inmediaciones, así que le dije a mi chófer que me dejase en uno de los dos bares cercanos que, desde que mi tío impuso el llamado horario eclesiástico en la nunciatura, abren a las cinco menos veinte para facilitar, , el desayuno al personal de la misma. Previo pago, por supuesto.

Allí me tomé un *croissant* y un café con leche, eso que los parisinos llaman café y que llega a aguar la espesa leche, más densa que la española si se toma sola. Mientras desayunaba estaba pensando en las vueltas que da la vida y como tras la ruptura de España mi tío y yo habíamos seguido distintos caminos para llegar aquí. Él cediendo un importante puesto en el Vaticano para apoyar a su hermano recién exiliado y yo teniendo una luna de miel de pesadilla.

A las seis menos diez entré en la nunciatura. Allí me recibió un joven sacerdote, Phillipe de Gondi, un fraile dominico al que irónicamente mi tío llama Vicent y que es su secretario. Nadie tiene muy claro por qué lo eligió para el puesto, salvo quizás, al menos es lo que pensamos muchos, para desmentir la leyenda de lo mal que se llevan las dos órdenes religiosas ya que mi tío es jesuita, como el Papa Francisco.

—El Nuncio le recibirá enseguida —respondió con una altivez en la que casi se podía oír la mayúscula en el tratamiento que le dio a mi tío, cuando yo pregunté por él como pariente—. Espere un momento aquí. No había llegado ni a entrar en su despacho para avisarle de mi llegada, cuando mi tío salió y lo dejó con la boca abierta mientras me abrazaba.

—¡Querido sobrino! ¡Qué caro eres de ver! —Me besó en ambas mejillas y luego, con un gesto, me invitó a su despacho—. Que no nos molesten hasta que mi sobrino Francisco se vaya, Vicent —se dirigió a su asistente.

Cerró la puerta con llave, como si tuviera alguna duda respecto al cumplimiento de sus órdenes. Pese a su elevado cargo, como muchos de los sacerdotes exmisioneros, solía vestir la sencilla sotana negra de su orden, y en ese caso ni eso, aunque sí iba de riguroso negro con unos pantalones y un *clergyman* negro. Aunque echaba algo a faltar, no caí en ese momento el qué.

—Y dime, querido sobrino, ¿qué es lo que te trae por aquí?

—Varias cosas —empecé a comentar mientras nos sentábamos—, oí tu mensaje en el contestador... pero antes: Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida —me respondió—, aunque espero que no sea un truco por tu parte.

—No lo es —respondí, sabiendo que en el fondo sí lo era—, desde mi última confesión he cometido varios pecados graves.

—¿Y cuándo confesaste por última vez?

—Si la memoria no nos falla, hará unos seis meses —respondí en plural para darle a entender que era la que había realizado con él poco antes de Semana Santa—. Desde entonces, he faltado en ocasiones a la misa dominical, he cobrado de más a mis clientes siempre que he podido, reducido los incentivos de mis empleados siempre que no se notara en el rendimiento, mentido en ocasiones, y he pecado contra el sexto mandamiento con Rosalinde, que es el nombre de trabajo de Eva Varela Mor.

—No necesito conocer el nombre de ellas —replicó alzando la ceja derecha—, aunque sí me gustaría saber qué piensa de ello Micaela.

—Le gustó —repliqué seco—, aunque ella no conocía el resto de las implicaciones.

Aquí sí que se sorprendió, ya que habitualmente no solía confesar, al menos no con él, las ocasiones en las que había realizado un trío con mi esposa y otra mujer, habitualmente Amanda, nuestra criada, aunque desde hacía un par de años estaba bastante cansado de ambas y prefería simplemente mirar. Debido a mi reserva, él no conocía el carácter bisexual de mi esposa, pero tampoco iba a extenderme sobre ello. En realidad uno de los motivos de mi confesión era pedirle consejo sobre qué hacer en el futuro ¿Dejar a mi esposa e irme con Rosalinde?

—Y también —continué ante su silencio—, he escuchado ilegalmente comentarios del personal diplomático, que apoda a su jefe Aramis.

—Supongo —pareció enfadarse por el tono de voz—, que lo de Aramis lo dirán porque piensan que voy de ligón, ¿no? Pues la verdad es que sólo he tenido algunos contactos con la señorita Eva y sí, sé que ha vuelto a ejercer, después de la subida de impuestos del gobierno francés. ¡Y eso que se dice de derechas!

—Me temo que no os llaman Aramis, querido tío —repliqué con ironía—, porque vayáis con mujeres, en eso creo que habéis sido lo bastante discreto como para que no lo haya notado nadie fuera del equipo de seguridad. Aunque el

protocolo habitual lo indique, de ser vos, prescindiría de la ropa negra cuando vayáis a visitarla, sea como Rosalinde o como Lilith, ya que os identifica bastante aunque os quitéis el alzacuello. —En ese momento me di cuenta de lo que había echado en falta: pese a vestir una camisa con cuello redondo, popularmente llamado mao, no llevaba el alzacuello blanco—. En especial, si tampoco lo usáis entre los vuestros, ya que el parecido puede favorecer la identificación.

»Y por cierto, iría pensando en buscar a alguien de una edad más parecida a la vuestra, no sea que al hacerse público os acusen de pederasta, dado que os lleváis treinta y cuatro años.

—No creo —replicó— que nadie me vaya a acusar de eso, pues si algo no es precisamente la señorita Eva es menor. Tiene ya veintiún años. Y lo que es más importante, todos los atributos de una mujer. Realmente no sé en qué piensan, pero la verdad es que, en mi opinión, los pederastas tienen algo de homosexuales.

—Si te oyeran los colectivos gays, se te echarían encima.

—No. Entiéndeme, no digo que los homosexuales sean pederastas. No. Más bien al contrario. Me refiero a aquéllos que abusan de niñas, pues está claro que los que lo hacen de niños sí son homosexuales, pero también los que lo hacen de niñas, a fin de cuentas, ¿quién quiere una mujer que parece un muchacho de lo plana que está? —Oyéndolo Farfullar deseché la idea de pedirle consejo sobre mi futuro. Ya se me ocurriría algo—. Yo personalmente las prefiero bien mujer... aunque reconozco que no es algo que vaya con mis votos, pero te aseguro que una menor nunca. Y gracias a Dios, parece que ahora mis compañeros tampoco, claro que con las expulsiones y reclusiones en monasterios de clausura, el Santo Padre parece que ha acabado con la plaga. #seguir

—Tengo que reconocer que en ese aspecto la señorita Varela sí es mujer. ¿Qué usa?, ¿una 38 K? —Nunca acabé de entender por qué se pusieron de moda las tallas americanas en los sujetadores femeninos.

—Tampoco tanto. Equivaldría a una 85I, o algo así. Lo que pasa es que esa talla no hay en Europa porque se ha puesto de moda operarse y reducirse el pecho, mientras que en América no, por eso se los trae de allí. Pero quien se estaba confesando eras tú, no yo. ¿Algo más?

—Sí. Como tu asesor de seguridad, te recomiendo que lleves cuidado con quién es tu confesor, y en relación a que te apoden Aramis, creo que va más con sus sospechas acerca de tus intenciones políticas...

—¿Qué intenciones políticas? —me interrumpió.

—Bueno, como Aramis, el personaje de Dumas, fuiste militar antes de profesar en la compañía, y como él, dicen, aspiras a convertirte en el próximo general. ¿Cómo se siente uno al pensar que puede ser el próximo jefe del Papa?

—Nadie es “jefe del Papa” —protestó— y menos con el tono que lo dices.

—Técnicamente —repliqué—, Su Santidad Francisco sigue siendo jesuita y, por ello, el general de los jesuitas es su jefe, ¿no?, claro que como Papa es el superior del general de los jesuitas... Lo que complica bastante el organigrama. Y

dentro de poco habrá una elección, el actual general agoniza en la clínica Gemelli, víctima del cáncer. Y tú aspiras a ello, ¿no?

—Yo sólo aspiro a lo que Dios, Su Santidad y mis hermanos decidan...

—Es decir, sí —le interrumpí—, o no te vestirías de esa falsa modestia. No voy a decirte nada en relación a lo que debes o no debes hacer en ese sentido, ya eres mayorcito para ello y no veo, al menos de momento, implicaciones de seguridad... pero, ¡por favor! No me mientas, que además de parientes somos amigos, o eso espero. Y por lo que a nuestra conversación principal respecta, la confesión me refiero, creo que eso es todo por ahora, aunque supongo que en breve volveré a repetir algunos de ellos por necesidades laborales... pero que conste que lamento mucho tener que hacerlo.

—Bien, si es todo. Ego te absolvo... —recitó en latín el rito de la absolución y se vengó de mi escaqueo con su amante imponiéndome tres rosarios de penitencia. Tendría que recurrir a un breviario para la parte que no era mecánica: los padrenuestros y las avemarías. ¡Por supuesto no pensaba rezarlo en público, es decir, con otros, suponiendo que aún quedasen grupos para ello en las iglesias!

—Y ahora el otro tema —inquirí en cuanto me dictó la penitencia—, ¿para qué querías verme?

—Bien —explicó—, dentro de tres meses se firmará la entrada de varios países en la Unión y se ha decidido que la firma sea aquí, dado el importante contingente de tropas francesas desplazado a algunos de esos países para su defensa. —Ambos pensábamos en la delicada situación de Ucrania—. Lo cual ha generado algunos problemas de seguridad y algunos cambios en la legislación sobre armas.

—¡Me lo vas a decir a mí! —exclamé, enfadado por una legislación que nos lo ponía muy difícil a las empresas de seguridad.

—Prácticamente parece que solo el gobierno y algunas empresas cercanas puedan tener armas hoy día —expresó mi tío mis propios pensamientos—, pero nosotros no acabamos de fiarnos de unos ni de otros. Por eso, necesito de ti tres servicios.

—Tú dirás.

—El primero es para el domingo veintisiete...

—Este domingo es cuatro —le interrumpí.

—Este sí, pero estamos en octubre. Yo me refiero al domingo veintisiete de diciembre. Como hace ya quince años de la primera Misa de las Familias multitudinaria, el Papa ha decidido que la Iglesia, impulsada por el acto de España, celebre la Misa de las Familias de forma especial.

—¿Quince?

—Sí. Si contamos como inspirador el quinto Encuentro de las Familias de 2006. De hecho, además de en la plaza de Colón de Madrid, se realizará otra misa multitudinaria en la misma explanada que celebró Benedicto XVI, la del encuentro en Valencia.

»Este año Su Santidad ha decidido realizar un macroacto empezando a las once de la noche del sábado, que conectará con Bikenibeu, en el archipiélago de Kiribati, allí serán las doce del mediodía del domingo, y que irá realizando conexiones hasta la una de la madrugada, hora en que, con la conexión de Day Beacon, en Baker Island, dará por concluido el evento. Oficialmente es una isla desierta, pero ahora hay un grupo de científicos formado por dos familias, una de ellas católica. Por supuesto, el momento de mayor importancia será a las doce del mediodía local, cuando se realizará la consagración simultáneamente en Roma, Madrid, Berlín, París y las principales capitales europeas. Luego se realizarán conexiones en parte del sermón con todas ellas. Y aquí está nuestro problema.

—¿Cuál?

—Pese a la situación interna, el gobierno socialista español no se ha atrevido a prohibirla y se realizará en la plaza de Colón, aunque sin la asistencia de ninguna autoridad. En Berlín, la canciller asistirá a la misa en la explanada de la puerta de Brandemburgo. Roma, por supuesto, ni qué decir tiene que no cuenta, allí se hace en el propio Vaticano y la multitud llenará la plaza. Pero aquí, el gobierno, presionado por los colectivos gays, ha decidido prohibirla, ya sabes que ellos este acto se lo toman como un ataque personal... Así que se realizará en la catedral de Notre Dame, aunque esté en obras y sin techo. Será una magnífica alegoría de la situación de la cristiandad en Europa. Entraremos el veintiséis por la mañana y nos encerraremos hasta el domingo por la noche, o hasta que sea seguro salir.

»Desde el lunes veintiuno —prosiguió—, pondremos el cartel de cerrado salvo para el culto. También otro avisando de la prohibición de entrar al culto con cámaras o teléfonos móviles. Y por supuesto pararemos las obras. Quiero que tu gente se encargue de ello, así como de nuestra protección, que será especialmente crítica después de conectar en la misa del veintisiete. Debido a nuestra solicitud de celebrarla en los jardines de las Tullerías, que nos ha denegado el gobierno, allí habrá una manifestación del movimiento gay. Tememos que avancen sobre nosotros al enterarse de la conexión.

—Siempre podemos extender a otros templos la celebración.

—Sí, también había pensado eso, pero solo uno podrá entrar en la retransmisión. No tenemos, ni tú tampoco, capacidad de protección, y no quiero que la gente corra riesgos.

—Una de nuestras secciones puede encargarse de la difusión. Si grabamos la iglesia vacía antes del evento, podemos eliminarla del fondo y combinarla con el fondo de otras, que estarán vacías. Además, si por el frío y la falta de techo no acudiese mucha gente podemos combinar con alguna gran iglesia que esté llena para los planos de público.

—Sí, es una buena idea. Estudiaré cuáles.

—¿Y el otro encargo?

—Tras este evento, el día cuatro, Su Santidad viajará a Valencia. Allí oficiará la misa de reyes en la catedral, el día seis, para luego viajar el ocho a Madrid. El

acto oficial en la Almudena será el nueve, el único día que permanecerá en la capital, debido a las discrepancias con el gobierno español. El diez volará a París, donde permanecerá hasta el quince. Pero el gobierno francés nos ha prohibido la presencia de la Guardia Suiza, por ello necesitaremos que te encargues también de esto. Irá en un mismo paquete con lo anterior, así no habrá limitación de presupuesto para lo otro.

—Bien, como quieras.

—Y por último, un tema más extraño: sabemos que han dañado una de las vidrieras de la Santa Capilla...

—¿Y?

—Sé que depende del Ministerio de Cultura, que hace mucho que en ella no se celebra culto y que fue muy dañada en la revolución, pero sospechamos que hay algo oculto en ese robo. Queremos que lo investigues, aunque extraoficialmente, claro.

¿Quieres seguir leyendo?

Disponible en Amazon: <http://amzn.to/1PAX2d0>

Disponible en Lektu: <http://bit.ly/2f4gXI4>

ⁱ Similar al AVE pero en Francia: Tren de Gran Velocidad.